que ha de revestir, en cualquier caso, la auténtica y verdadera devoción a María.

3.º La verdadera devoción a María ha de ser interior, tierna, santa, constante y desinteresada

Son las cinco condiciones que señala y expone San Luis María Grignion de Montfort en su admirable *Tratado de la verdadera devoción a María.* Trasladamos íntegramente sus propias palabras:[21]

a) **Devoción interior**

Ante todo, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *interior,* esto es, nace del espíritu y del corazón; y proviene de la estima que se hace de la Santísima Virgen, de la alta idea que uno se forma de su grandeza y de amor que se le profesa.

b) **Devoción tierna**

En segundo lugar, es *tierna,* es decir, llena de confianza en la Santísima Virgen, como la del niño en su cariñosa madre. Ella hace que el alma recurra a María en todas sus necesidades de cuerpo y de espíritu, con mucha sencillez, confianza y ternura; que implore la ayuda de su celestial Madre en todos los tiempos, en todos los lugares y en todas las cosas: en sus dudas, para ser en ellas esclarecida; en sus extravíos, para volver al buen

21. Cf. *Ver. dev.* n. 106-10, pp. 498-500.

camino; en sus tentaciones, para que María la sostenga; en sus debilidades, para que la fortifique, en sus caídas, para que la levante; en sus desalientos, para que le infunda ánimo; en sus escrúpulos, para que la libre de ellos; en sus cruces, trabajos y contratiempos de la vida, para que la consuele. Por último, en todos sus males de cuerpo y espíritu, María es su ordinario recurso, sin temor de importunar a esta tierna Madre y desagradar a Jesucristo.

c) **Devoción santa**

En tercer lugar, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *santa,* esto es, hace que el alma evite el pecado e imite las virtudes de la Santísima Virgen; pero de un modo particular su humildad profunda, su fe viva, su obediencia ciega, su oración continua, su mortificación total, su pureza divina, su caridad ardiente, su paciencia heroica, su dulzura angelical y su sabiduría divina, que son las diez principales virtudes de la Santísima Virgen.

d) **Devoción constante**

En cuarto lugar, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *constante;* consolida al alma en el bien y hace que no abandone fácilmente sus prácticas de devoción; le da ánimo para que se oponga al mundo en sus modas y en sus máximas; a la carne, en sus tedios y embates de sus pasiones, y al diablo en sus tentaciones; de modo

que una persona verdaderamente devota de la Virgen no es inconstante, melancólica, escrupulosa ni tímida. No quiere esto decir que no caiga ni experimente algún cambio en lo sensible de su devoción; sino que, si cae, se vuelve a levantar tendiendo la mano a su bondadosa Madre, y, si carece de gusto y de devoción sensible, no se desazona por ello; porque el justo y el devoto fiel de María vive de la fe de Jesús y de María y no de los sentimientos del cuerpo.

e) **Devoción desinteresada**

Finalmente, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *desinteresada,* es decir, que inspira al alma que no se busque a sí propia, sino sólo a Dios en su santísima madre. El verdadero devoto de María no sirve a esta augusta Reina por espíritu de lucro o de interés, ni por su bien, ya temporal, ya eterno, del cuerpo o del alma, sino únicamente porque Ella merece ser servida, y Dios solo en Ella. Si ama a María, no es por los favores que ésta le concede o por los que de Ella espera recibir, sino únicamente porque Ella es amable. He aquí por qué la ama y la sirve con la misma fidelidad en sus contratiempos y sequedades que en las dulzuras y fervores sensibles; e igual amor le profesa en el Calvario que en las bodas de Caná. ¡Ah, cuán agradable y precioso a los ojos de Dios y de su Santísima Madre ha de ser el devoto de María que no se busca a sí mismo en ninguno de los servicios que le presta! Pero ¡cuán raro hoy en día es dar con un devoto así!»

3. La falsa devoción a María

En diametral contraste y oposición a estas características de la verdadera devoción a María, San Luis de Montfort expone los caracteres de la *falsa devoción* a la Virgen, que rechaza con gran energía y vigor. Es la propia de los devotos *críticos,* los *escrupulosos,* los *exteriores,* los *presuntuosos,* los *inconstantes,* los *hipócritas* y los *interesados.* Después de examinar detenidamente los rasgos de cada una de estas falsas devociones, resume el propio San Luis su pensamiento en el siguiente párrafo:[22]

«Guardémonos, pues, bien de pertenecer al número de los devotos *críticos,* que nada creen y todo lo censuran; al de los devotos *escrupulosos,* que temen ser demasiado devotos de María, por respeto a Jesucristo; al de los devotos *exteriores,* que hacen consistir toda su devoción en las prácticas exteriores; al de los devotos *presuntuosos,* que, bajo el pretexto de su falsa devoción a la Virgen, se encenagan en sus pecados; al de los devotos *inconstantes,* que, por ligereza, cambian sus prácticas de devoción o las abandonan completamente a la menor tentación; al de los devotos *hipócritas,* que ingresan en las cofradías y visten la librea de María para ser tenidos por buenos; y, en fin, al de los devotos *interesados,* que no recurren a la Santísima Virgen más que para que los libre de los males del cuerpo y les conceda otros bienes temporales.»

2. *Ver dev.* n. 104, p. 497.

CAPÍTULO III

NECESIDAD DE LA DEVOCION A MARIA

Después de haber establecido los principios fundamentales de la devoción a María, vamos a hablar ahora de su *necesidad,* tanto para la salvación como para la propia santificación. Expondremos por separado ambos aspectos.

1.º Necesidad de la devoción a María para la salvación

Ante todo es preciso distinguir cuidadosamente las diferentes clases de *necesidad* y los diversos *modos de devoción,* para resolver con acierto esta importante cuestión mariológica. El siguiente cuadro esquemático lo muestra con toda claridad y distinción:

La necesidad puede ser:

- *Absoluta,* si no admite ninguna excepción (v. gr. la *gracia* para salvarse).
- *Hipotética,* si depende de alguna condición (v. gr., de la libre disposición de Dios).
- *Universal,* si afecta a todos los hombres del mundo sin excepción.
- *Particular,* si solamente obliga a algunos, pero no a todos.

La devoción puede ser:

Explícita, si se manifiesta expresamente con sus actos propios.

Implícita, si está contenida indirectamente en otros actos.

Interpretativa, si no se la tiene, pero se la tendría si se advirtiera su necesidad.

Teniendo en cuenta estas distinciones, vamos a establecer la doctrina teológica sobre la necesidad de la devoción a María en unas conclusiones claras y sencillas.

1.ª La necesidad de la devoción a María para salvarse no es absoluta, sino hipotética, o sea, por haberlo dispuesto Dios así. (Completamente cierta.)

Escuchemos a San Luis María Grignion de Montfort exponiendo esta doctrina con su claridad, devoción y maestría acostumbradas:[1]

«Confieso con toda la Iglesia que, no siendo María sino una pura criatura salida de las manos del Altísimo, comparada con su Majestad infinita, es menos que un átomo, o más bien, es nada, porque *sólo es Aquel que es* (cf. Ex. 3,14), y, por consiguiente, que este gran Señor, siempre independiente y suficiente en sí mismo, jamás ha tenido ni tiene, aun ahora, en absoluto necesidad de la Santísima Virgen para cumplir su voluntad y manifestar su gloria, puesto que a Él le basta querer para hacer las cosas.

1. Cf. *Ver dev.* n. 14, p. 445.

Digo, sin embargo, que, supuestas las cosas como son, habiendo querido Dios comenzar y acabar sus mayores obras por la Santísima Virgen desde que la formó, hemos de creer que no cambiará su conducta en los siglos de los siglos, porque es Dios y no puede variar en sus sentencias ni en su proceder.»

A continuación muestra San Luis de qué manera quiso Dios servirse de María para la grandiosa obra de la Encarnación del Verbo, que significaba la salvación para todo el género humano. y de qué manera las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad la llenaron de toda clase de gracias y bendiciones. Y a renglón seguido escribe:[2]

«La conducta que las tres Personas de la Santísima Trinidad han observado en la Encarnación y en la primera venida de Jesucristo, la siguen todos los días de una manera invisible en la santa Iglesia y la seguirán hasta la consumación de los siglos en la última venida de Jesucristo.

Dios Padre reunió en un lugar todas las aguas y las llamó mar: reunió en otro todas las gracias y las llamó María. Este gran Señor tiene un tesoro o almacén riquísimo, en donde ha encerrado todo lo que hay de más bello, brillante, raro y precioso, incluso su propio Hijo; y este tesoro inmenso no es otro que María, a quien los santos llaman el Tesoro de Dios, de cuya plenitud son enriquecidos los hombres.

Dios Hijo ha comunicado a su Madre todo lo que Él adquirió mediante su vida y su muerte, sus

2. Cf. *Ver. dev.* n. 22-25, pp. 448-49.

méritos infinitos y sus virtudes admirables, haciéndola tesorera de cuanto su Padre le dio en herencia; por Ella aplica sus méritos a sus miembros, les comunica sus virtudes y distribuye sus gracias. Ella es el canal misterioso, el acueducto por donde Él hace pasar dulce y abundantemente sus misericordias.

Dios Espíritu Santo ha comunicado a María, su fiel esposa, sus dones inefables, escogiéndola por dispensadora de todo lo que Él posee; en forma que Ella distribuye a quien Ella quiere, cuanto Ella quiere, como Ella quiere y cuando Ella quiere, todos sus dones y sus gracias, y no se concede a los hombres don alguno del cielo que no pase por sus virginales manos. Porque tal ha sido la voluntad de Dios, quien ha querido que nosotros lo tuviésemos todo por María, ya que así será enriquecida, ensalzada y honrada del Altísimo la que se empobreció, humilló y ocultó hasta el fondo de la nada, por su profunda humildad, durante toda su vida. Estos son los sentimientos de la Iglesia y de los Santos Padres.»

Y después de extenderse en párrafos admirables, que es preciso leer y saborear directamente, saca San Luis María la siguiente conclusión:[3]

«Debemos concluir que, como la Santísima Virgen ha sido necesaria a Dios con una necesidad que llamamos hipotética, en consecuencia de su voluntad, Ella es aún más necesaria a los hombres para llegar a su último fin. La devoción a María no debe confundirse con la devoción a los

3. Cf. *Ver. dev.* n. 39-41, pp.456-60.

santos, como si no nos fuera más necesaria y sí sólo de supererogación.

El docto y piadoso Suárez, de la Compañía de Jesús: el sabio y devoto Justo Lipsio, doctor de Lovaina, y otros varios han probado de una manera irrefutable, apoyándose en el sentir de los Padres —entre otros, de San Agustín, San Efrén, diácono de Edesa; San Cirilo de Jerusalén, San Germán de Constantinopla, San Juan Damasceno, San Anselmo, San Bernardo, San Bernardino, Santo Tomás y San Buenaventura— que la devoción a la Santísima Virgen es necesaria para la salvación; y que es una señal infalible de reprobación... el no tener estima y amor a la Santísima Virgen, así, como, por el contrario, es un signo infalible de predestinación el entregársele y serle devoto entera y verdaderamente.

Las figuras y las palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento lo prueban; los sentimientos y los ejemplos de los santos lo confirman; la razón y la experiencia lo enseñan y demuestran... De todos los pasajes de los Santos Padres y Doctores, de los que tengo hecha una extensa colección para probar esta verdad, sólo traeré uno, a fin de no ser más difuso: «El ser devoto tuyo, ¡oh María! —dice San Juan Damasceno—, es un arma de salvación que Dios concede a aquellos que quiere salvar».

No pensemos que todo esto son piadosas exageraciones de un santo locamente enamorado de María. Las razones que expone resisten perfectamente la crítica teológica más severa y exigente. El mismo magisterio de la Iglesia se ha pronun-

ciado reiteradamente en este mismo sentido. Prescindiendo de los innumerables textos pontificios que podríamos citar desde los más remotos tiempos, en nuestros mismos días el concilio Vaticano II ha proclamado explícitamente el *influjo salvífico* de María sobre todos los hombres, por haberlo dispuesto Dios así en plena dependencia de los méritos de Cristo. He aquí las palabras mismas del concilio:[4]

«Todo el *influjo salvífico* de la Santísima Virgen sobre los hombres no dimana de una necesidad ineludible, sino *del divino beneplácito,* y de la superabundancia de los *méritos de Cristo;* se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y lejos de impedir la unión inmediata con Cristo, la fomenta».

Y un poco más adelante afirma expresamente el concilio:

«Asunta a los cielos, no ha dejado *esta misión salvadora,* sino que con su múltiple intercesión continúa obteniédonos *los dones de la salvación eterna.* Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad *hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada*».

El llorado Pontífice Juan XXIII, en conformidad con estas ideas, escribió las siguientes terminantes palabras:[5]

4. Cf. CONCILIO VATICANO II, const. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, n. 60.

5. «In salutis discrimen se sinit adduci, qui, huius saeculi iactatus procellis, opiferam eius (Mariae) manum renuit» (JUAN XXIII, epíst. *Aetate hac mostra,* 27-6-1959).

«Quien, agitado por las borrascas de este mundo, rehusa asirse a la mano auxiliadora de María, pone en peligro su salvación.»

Y Pablo VI ha afirmado expresamente que la Virgen María —lo mismo que la Iglesia— desempeña una función *esencial* en los designios salvíficos de Dios a través de Cristo. He aquí sus propias palabras:[6]

«María y la Iglesia son realidades *esencialmente insertas en el designio de la salvación,* que se nos ofrece a través del único principio de gracia y del único Mediador entre Dios y los hombres que es Cristo. *¡Esencialmente!*»

Comentando estas terminantes palabras de Pablo VI, escribe con acierto un teólogo contemporáneo:[7]

«Sería inútil objetar contra estas afirmaciones que Dios no necesita de María y que la fuente de donde mana toda gracia salvífica es Cristo. Porque al exaltar la dignidad de María no pretendemos convertirla en una necesidad *que se impone a Dios,* ni hacer de Ella un medio de salvación aislado de Cristo. Simplemente afirmamos que *Dios dispuso las cosas así;* que es Él quien quiso atribuir a la Santísima Virgen una «superlativa función» en el orden de la gracia y que la atribución hecha por Dios nos señala a nosotros un camino que no tenemos derecho a cambiar por nuestra

6. PABLO VI, alocución en la audiencia general del 27 de mayo de 1964. Cf. «Ecclesia» del 6 de junio, P. 768.

7. Cf. P. ARMANDO BANDERA, O.P., *La Iglesia, misterio de comunión en el corazón del concilio Vaticano II* (Salamanca, 1965). pp. 33-34.

cuenta. Además, las pretendidas objeciones, no obstante haber sido repetidas muchas veces, carecen en absoluto de valor. ¿Acaso cuando decimos que la Iglesia es necesaria para salvarse, afirmamos que la Iglesia sea una necesidad *impuesta a Dios* y que nos administra una salvación distinta de la de Cristo? Simplemente decimos que Dios quiso salvarnos en Cristo mediante la Iglesia, que el mismo Cristo instituyó para este fin. Pero como el hombre no puede salvarse sino entrando en el plan de Dios, la Iglesia es *para el hombre,* no para Dios, una necesidad en el esfuerzo por conseguir su salvación.

La necesidad de recurrir a la Santísima Virgen en reconocimiento de la función *esencial* que Dios le asignó, es análoga a la necesidad de pertenecer a la Iglesia. Pero dentro de la analogía debemos anotar una diferencia importante. La necesidad de someterse a la acción mariana no deriva de la necesidad de pertenecer a la Iglesia, sino a la inversa; es decir, Dios dispuso que la Iglesia sea necesaria en dependencia primaria de Cristo y, subordinadamente a Cristo, en dependencia también de María. De manera que la acción mariana se sitúa en un nivel superior a la Iglesia, pero inferior a Cristo y totalmente dependiente de Cristo.»

Avancemos ahora un poco más, precisando a quiénes afecta y de qué manera la devoción a María en orden a su salvación eterna. Lo expresa con toda claridad la siguiente conclusión:

2.ª La necesidad de la devoción a María para salvarse no afecta por igual a todos los hombres del mundo. Obliga de una manera explícita a los que conocen a María y saben que es necesaria su devoción para salvarse. Los demás pueden salvarse con una devoción implícita e incluso interpretativa. (Completamente cierta).

Esta doctrina no admite la menor duda. Si la devoción a María fuera necesaria de una manera *formal y explícita* para la salvación, la inmensa mayoría de los hombres quedarían absolutamente privados de la posibilidad de salvarse, puesto que dos terceras partes de la humanidad no son cristianos y muchos de ellos ni siquiera han oído hablar jamás de María. Ahora bien: consta expresamente en la divina revelación que «Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Tim. 2,4), y la Iglesia enseña que «Dios no manda nunca imposibles, sino que, al mandar una cosa, nos avisa que hagamos lo que podamos y pidamos lo que no podamos y nos ayuda para que podamos» (D 804).

Por otra parte, la necesidad de la devoción a María —como hemos visto en la conclusión anterior— es análoga a la necesidad de pertenecer a la Iglesia. Ahora bien: el concilio Vaticano II expone claramente esta necesidad y quiénes son los que *no pueden salvarse* en el siguiente texto de la constitución *Lumen gentium* sobre la Iglesia (n. 14):

«No podrían salvarse aquellos hombres que, *conociendo que la Iglesia católica fue instituida*

por Dios a través de Jesucristo como necesaria, sin embargo, se negaran a entrar o perseverar en ella.»

De modo que los que *ignoran inculpablemente* (v. gr., porque nadie les ha hablado jamás de eso) que la Iglesia católica fue instituida por Dios a través de Cristo como necesaria para la salvación, pueden salvarse de todos modos si cumplen la ley natural que les dicta su conciencia y hacen lo que pueden con la ayuda de la *gracia actual* que Dios no niega nunca a ningún hombre de buena voluntad. Sin saberlo, pertenecen al *corazón* de la Iglesia y se salvarán *en ella y por ella,* ya que ella es el *sacramento universal* instituido por Cristo para la salvación de los hombres. Escuchemos al propio concilio proclamando esta doctrina un poco más abajo del texto que acabamos de citar (n. 16):

«Quienes, *ignorando sin culpa* el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan *bajo el influjo de la gracia,* en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. Y la divina Providencia tampoco niega los auxilios necesarios para la salvación a quienes *sin culpa* no han llegado todavía a un conocimiento *expreso* de Dios y se esfuerzan en llevar una vida recta, *no sin la gracia de Dios.»*

Aplicando estos principios a la devoción a María —cuya necesidad, como vimos, es análoga a la de pertenecer a la Iglesia— hay que decir que los que ignoran *inculpablemente* la existencia de

María o la necesidad de profesarle una devoción *expresa,* pueden salvarse de todos modos si cumplen —bajo el influjo de la gracia de Dios— la ley natural que les dicta su recta conciencia. Con ello, aun ignorándolo, honran a María —Mediadora universal de todas la gracias— de una manera *implícita* o, al menos, *interpretativa;* lo cual es suficiente para ellos, imposibilitados como están para el ejercicio expreso de una devoción que ignoran. Estos tales se salvarán únicamente *por Cristo* —único nombre que se nos ha dado para salvarnos (cf. Act. 4, 12)—, pero *a través de María y de la Iglesia,* por haberlo determinado libremente el mismo Dios así.

Lo cual no es obstáculo para que la Iglesia sienta verdaderas ansias misioneras y se esfuerce por todos los medios a su alcance en dilatar por el mundo entero el conocimiento de Cristo y de su Evangelio, puesto que recibió el mandato expreso del mismo Cristo de ir por el mundo y predicar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc. 16, 15) y es obligatorio para todos los hombres del mundo su plena y expresa incorporación a la Iglesia de Cristo, en cuanto la conozcan como *sacramento universal de salvación* para todo el género humano por expresa voluntad de Dios.

2.º Necesidad de la devoción a María para la santificación

Si la devoción a María es necesaria para la salvación de todo aquel que conoce o sabe esta necesidad, lo es mucho más todavía para los que

aspiran a santificarse. Escuchemos sobre este nuevo aspecto a San Luis María Grignion de Montfort:[8]

«Si la devoción a la Santísima Virgen es necesaria a todos los hombres para conseguir simplemente su salvación, lo es mucho más todavía a los que se sienten llamados a una perfección particular; y no creo yo que persona alguna pueda adquirir una unión íntima con Nuestro Señor y una fidelidad perfecta al Espíritu Santo sin una estrechísima unión con María y una gran dependencia de su socorro.

Sólo María es la que ha hallado gracia ante Dios sin el auxilio de ninguna otra pura criatura. Sólo por medio de Ella han hallado gracia ante Dios cuantos después de Ella la han hallado, y sólo por Ella la obtendrán cuantos en lo sucesivo la han de hallar. Ella estaba llena de gracia cuando la saludó el arcángel San Gabriel, y quedó sobreabundantemente llena de gracia cuando el Espíritu Santo la cubrió con su sombra inefable: y de tal manera ha aumentado Ella de día en día y de momento en momento esta doble plenitud, que se ha elevado a un grado de gracia inmensa e inconcecible; en forma que el Altísimo la ha hecho tesorera única de sus riquezas y dispensadora singular de sus gracias para ennoblecer, levantar y enriquecer a quien Ella quiere; para hacer caminar por la estrecha senda del cielo a quien Ella quiere; para permitir, a pesar de todos los obstáculos la entrada por la angosta puerta de la vida a quien Ella quiere, y para dar

8. Cf. *Ver. dev:* n. 43-46, pp. 462-63.

el trono, el cetro y la corona de rey a quien Ella quiere. Jesús, en todas partes y siempre, es el fruto y el Hijo de María; y María es, en todo lugar y tiempo, el árbol verdadero que contiene el fruto de la vida y la verdadera Madre que lo produce.

Sólo María es a quien Dios ha confiado las llaves de las bodegas del amor divino y el poder de entrar y de hacer entrar a los otros en las vías más sublimes y secretas de la perfección. Ella sola es la que permite la entrada en el paraíso terrestre a los miserables hijos de la Eva infiel, para pasearse en él agradablemente con Dios, para ocultarse con seguridad de sus enemigos, para alimentarse deliciosamente, sin temer nunca a la muerte, del fruto de los árboles de la vida y de la ciencia del bien y del mal, y para beber a grandes sorbos las aguas celestes de esta hermosa fuente que allí salta en abundancia: o más bien, Ella misma es ese paraíso terrestre o esa tierra virgen y bendita de la que fueron despedidos Adán y Eva pecadores. Ella no da la entrada en sí misma más que a aquellos y a aquellas a quienes le place, para hacerlos santos».

En otra de sus obras —la titulada *El secreto de María*— expone San Luis María más extensamente el papel excepcional de la Virgen en nuestra santificación.[9] Es preciso leer y meditar directamente aquellas preciosas páginas, que no nos es posible trasladar íntegramente aquí, Pero vamos a ofrecer al lector el hermoso símil del *mol-*

9. Cf. *El secreto de María:* BAC, «Obras de San Luis María Grignion de Montfort» (Madrid, 1954), pp. 268 ss.

de, que se ha hecho clásico entre los fervientes devotos de María.[10]

«Molde viviente de Dios, *forma Dei,* llama San Agustín a María, y en efecto lo es. Quiero decir que en Ella sola se formó Dios *hombre* al natural, sin que rasgo alguno de divinidad le faltara, y en Ella sola también puede formarse el hombre en Dios al natural, en cuanto es capaz de ello la naturaleza humana con la gracia de Jesucristo.

De dos maneras puede un escultor sacar al natural una estatua o retrato. Primera, con fuerza y saber y buenos instrumentos puede labrar la figura en materia dura e informe. Segunda: puede vaciarla en un molde. Largo, difícil, expuesto a muchos tropiezos es el primer modo: un golpe mal dado de cincel o de martillo basta a veces para echarlo todo a perder. *Pronto, fácil y suave* es el segundo, casi sin trabajo y sin gastos, con tal que el molde sea perfecto y que represente al natural la figura, con tal que la materia de que nos servimos sea manejable y de ningún modo resista a la mano.

El gran molde de Dios, hecho por el Espíritu Santo para formar al natural un Dios-hombre por la *unión hipostática,* y para formar un hombre-Dios por la *gracia,* es María. Ni un solo rasgo de divinidad falta en este molde. Cualquiera que se meta en él y *se deje manejar,* recibe allí todos los rasgos de Jesucristo, verdadero Dios. Y esto de manera *suave* y proporcionada a la debilidad humana, sin grandes trabajos ni agonías; de ma-

10. Ibid., pp. 274-76.

nera *segura* y sin miedo de ilusiones, que no tiene parte aquí el demonio, ni tendrá jamás entrada donde esté María: de manera, en fin, *santa e inmaculada,* sin la menor mancilla de culpa.

¡Oh alma querida, cuánto va del alma formada en Jesucristo por los medios ordinarios, que, como los escultores, se fía de su pericia y se apoya en su industria, al alma bien tratable, bien desligada, bien fundida, que, sin estribar en sí, se mete dentro de María y se deja manejar allí por la acción del Espíritu Santo! ¡Cuántas tachas, cuántos defectos, cuántas tinieblas, cuántas ilusiones, cuánto de natural y humano hay en la primera! Y la segunda, ¡cuán *pura es y divina y semejante* a Jesucristo!

No hay ni habrá jamás criatura, sin exceptuar a los bienaventurados, querubines y serafines más altos del cielo, en quien Dios muestre tanto sus perfecciones internas y externas como en la divina María. María es el paraíso de Dios y su mundo inefable, donde el Hijo de Dios entró para hacer maravillas, para guardarle y tener en él sus complacencias. Un mundo ha hecho para el hombre peregrino, que es la tierra que habitamos; otro mundo para el hombre bienaventurado, que es el paraíso; mas *para sí mismo ha hecho otro mundo y lo ha llamado María.* Mundo desconocido a casi todos los mortales de la tierra e incomprensible a los ángeles y bienaventurados todos del cielo.

Feliz y mil veces feliz es en la tierra el alma a quien abre este huerto cerrado para que en él entre, y esta fuente sellada para que de ella saque

el agua viva de la gracia y beba en larga vena de su corriente. Esta alma no hallará sino a Dios solo, sin las criaturas, en esta amabilísima criatura; pero a Dios, al par que infinitamente santo y sublime, infinitamente condescendiente y al alcance de nuestra debilidad. Puesto que en todas partes está Dios, en todas, hasta en los infiernos, se le puede hallar. Pero no hay sitio en que pueda encontrarle la criatura tan cerca y tan al alcance de su debilidad como en María, *pues para eso bajó a Ella.* En todas partes es el pan de los fuertes y de los ángeles, pero en María es el pan de los niños.

Nadie, pues, se imagine, como ciertos falsos iluminados, que María, por ser criatura, es impedimiento para la unión con el Creador. No es ya María quien vive: es Jesucristo solo, es Dios solo quien viven en Ella. La transformación de María en Dios excede a la de San Pablo y otros santos más que el cielo se levanta sobre la tierra. Sólo para Dios nació María, y tan lejos está de retener en sí a las almas, que, por el contrario, hace que remonten hasta Dios su vuelo, y tanto más perfectamente las une con Él cuanto con Ella están más unidas.»

Quede, pues sentado que la devoción tierna y entrañable a María no solamente es necesaria para la santificación, sino que es el camino más corto y expedito para remontarse en poco tiempo hasta las cumbres más altas de la unión con Dios.

CAPÍTULO IV

LA PERFECTA CONSAGRACION A MARIA

La devoción a María —cuya naturaleza y necesidad hemos expuesto en los capítulos anteriores— se manifiesta o puede manifestarse con multitud de prácticas interiores y exteriores. San Luis María señala algunas de ellas en su famoso *Tratado:*

«Las cuales —dice— sirven maravillosamente para santificar a las almas, con tal que se practiquen como es debido, esto es:

1.° Con buena y recta intención de agradar a Dios solo; de unirse a Jesucristo, como a su fin último, y de edificar al prójimo.

2.° Con atención, sin distracciones voluntarias.

3.° Con devoción, sin apresuramiento ni negligencia.

4.° Con modestia y compostura de cuerpo respetuosa y edificante» (n. 115-17).

1. Excelencia de la perfecta consagración

Pero más que a la*multitud* de las devociones marianas importa, sobre todo, atender a su *calidad.* Porque es evidente que existen muy diversos grados de perfección *objetiva,* independientemente de la mayor o menor intensidad *subjetiva* con que se practiquen tales devociones.

Ahora bien, entre todas las formas *objetivas* de devoción a María ocupa el primer lugar de perfección la *perfecta consagración a ella* en alma y cuerpo, ya sea en calidad de *esclavo*, considerándola como Reina *(esclavitud mariana)*, o en calidad de *hijo* si se prefiere considerarla como Madre *(piedad filial mariana)*.

Estamos plenamente convencidos de que este capítulo es uno de los más importantes de nuestra humilde obra en el orden *práctico y santificador*. Lo estaba también San Luis María, cuya sublime doctrina vamos a exponer ampliamente en las páginas siguientes. Véase con qué acentos de entrañable ternura y profundísima humildad expone el santo su ardiente deseo de encender en todos los corazónes el amor profundísimo a María que consumía el suyo:[1]

«¡Oh!, por cuán bien empleado daría yo mi trabajo si este humilde escrito, cayendo en manos de un alma bien nacida, nacida de Dios y de María y no de la sangre ni de la voluntad del hombre (cf. Jn. 1, 13), le descubriera e inspirase, por la gracia del Espíritu Santo, la excelencia y el valor de la verdadera y sólida devoción a la Santísima Virgen, que ahora mismo voy a describir! Si yo supiese que mi sangre pudiera servir para que en los corazones entrasen las verdades que escribo en honor de mi querida Madre y soberana Señora, el último de cuyos hijos y esclavo soy, con ella, en lugar de tinta, escribiría estas líneas, en la esperanza que abrigo de hallar almas generosas que, por su fidelidad a la práctica que

1. *Ver. dev.* n. 112, p. 500.

enseño, resarcirán a mi querida Madre y Señora de las pérdidas que Ella experimenta por mi ingratitud y mis infidelidades.»

Y un poco más adelante afirma San Luis que no ha conocido práctica más excelente que la que va a exponer, y que solamente la captarán en toda su grandeza las almas destinadas por Dios a una santidad eximia en Cristo Jesús. He aquí sus propias palabras:[2]

«Después de esto, protesto con toda claridad que, aunque he leído casi todos los libros que tratan de la devoción a la Madre de Dios y he conversado familiarmente con las personas más sabias y santas de estos últimos tiempos, no he conocido ni aprendido práctica de devoción a María semejante a la que voy a explicar, la cual exija de un alma más sacrificios por Dios, que la vacíe de un modo más completo de sí misma y de su amor propio, que la conserve más fielmente en la gracia y a la gracia en ella, que la una más perfecta y fácilmente a Jesucristo y, finalmente, que sea más gloriosa a Dios, más santificante para el alma y más útil para el prójimo.

Como lo esencial de esta devoción consiste en el interior, que ella debe formar, no será comprendida igualmente por todos: algunos se detendrán en lo que tiene de exterior y no irán más adelante, y éstos serán el mayor número; otros, en número reducido, penetrarán en su interior, pero sólo subirán el primer grado. ¿Quién subirá al segundo? ¿Quién llegará hasta el tercero? ¿Quién, en fin, vivirá en él habitualmente? Sólo

2. Ibid., n. 118-19, p. 504.

aquel a quien el espíritu de Jesucristo revele este secreto, y conduzca allí, por sí mismo, a su alma fidelísima, para hacerla progresar de virtud en virtud, de gracia en gracia y de luz en luz, a fin de llegar hasta la transformación de sí misma en Jesucristo y a la plenitud de su edad sobre la tierra y de su gloria en el cielo.»

San Luis María no explica cuáles sean esos tres grados de perfección en la práctica de la consagración o entrega total a María que va a enseñar. Pero sus mejores comentadores los hacen coincidir —no sin verdadero fundamento— con las distintas disposiciones subjetivas con que las almas viven esa consagración según el estado en que se encuentren de acuerdo con las tres vías clásicas de la vida espiritual: *purgativa, iluminativa* y *unitiva.*[3] Como quiera que sea, es evidente que en una misma devoción caben muy distintos grados de *intensidad* al practicarla.

2. ¿Esclavitud mariana o piedad filial?

Esta devoción perfectísima a María consiste —como ya hemos dicho— en consagrarse para siempre y por entero a María en calidad de *esclavo,* como Reina, o en calidad de *hijo,* como Madre.

Los autores, en general, suelen distinguir entre el método de *esclavitud mariana* y el de *piedad filial mariana,* como si fueran dos métodos real-

3. Así lo hace, p. eje., el P. LHOUMEAU, C. M., en su preciosa obra *Le vie spirituelle à l'éoole de Saint Louis Marie Grignion de Montfort* (Bruges 1954), p. 4, c. 3.

mente distintos. Pero, en realidad, son tantas las coincidencias entre ambos métodos que, como dice muy bien un excelente expositor de la llamada *piedad filial mariana:*

«al hacer suyo, en cierta ocasión, un acto de consagración a María del P. Gallifet, autor esclavista, conserva el P. Chaminade —fundador de los marianistas y principal propulsor de la *piedad filial mariana*— todo el texto de la oración, pero reemplaza cuidadosamente la expresión *esclavo* por la de *hijo*».[4]

En este sentido, y puesto que coinciden substancialmente ambos métodos, nosotros vamos a refundir en una sola la doctrina de la *perfecta consagración a María,* tal como la expone San Luis María Grignion de Montfort, dejando a la particular devoción de cada uno el hacerla en calidad de *esclavo,* como Reina, o en calidad de *hijo,* como Madre. Es más: creemos que pueden abrazarse *simultáneamente* ambos aspectos, ya que ambos son verdaderos a la vez. Los que se entreguen a María Reina como *esclavos,* no por eso dejarán de ser *hijos* de María Madre; y los que prefieren destacar este segundo aspecto, entregándose a María como Madre, no por eso dejarán de ser esclavos de ellla como Reina. ¿Por qué separar en la devoción subjetiva ambos aspectos, que se compaginan tan perfectamente en la objetiva realidad?

Se ha querido establecer una diferencia entre ambos métodos, en el sentido de que el de la es-

4. Cf. P. Félix Fernández, S. M., *La piedad final mariana* (Madrid, 1954), p. 120.

clavitud montfortiana tendría como finalidad la *santificación personal* del consagrado, mientras que la piedad filial mariana se orientaría, además, al *apostolado.*[5] Pero esta orientación apostólica no está excluida en el sistema montfortiano, sino proclamada también expresamente.[6] Hacemos completamente nuestras las siguientes serenas reflexiones del P. Neubert, insigne propagandista de la *piedad filial mariana,* después de estudiar las diferencias entre ambos métodos:[7]

«Con todo, estas diferencias no son irreductibles. Si el santo insiste tanto sobre la palabra *esclavo,* casi siempre añade a ella la palabra *hijo;* así también, si llama a María Soberana, Reina o Dueña, le da todavía con mayor frecuencia el nombre de Madre. Hasta es Grignion de Montfort, entre los autores del siglo XVII, quien mejor ha explicado y con la mayor claridad la maternidad espiritual de María para con nosotros. Los hijos de la Virgen se hacen esclavos suyos, pero es para mostrarse más generosos, más amantes, y, por lo mismo, para ser con más verdad hijos suyos. La esclavitud que él predica pudiera casi decirse que es una esclavitud filial, si ambos términos pudieran acoplarse. Por su intención, Montfort se aproxima a la concepción del P. Chaminade.

Otro tanto se puede decir de sus miras sobre el apostolado de los esclavos de María. Después

5. NEUBERT, S. M., *Nuestra piedad filial mariana* (Madrid, 1962), p. 98.
6. Cf. *Ver dev.,* n. 55-59.
7. NEUBERT, o. c., pp. 103-104.

de sentar la doctrina de la misión apostólica de María en el mundo, en particular en lo siglos venideros, no podía menos de hallar como la cosa más natural el que todos ellos se preocuparan del apostolado si las condiciones sociales permitiesen a los simples fieles entregarse a él y, con mayor razón, si les invitaban a ello. Si hubiera escrito su pequeño tratado en estos tiempos de la Acción Católica, no cabe duda que hubiera impuesto a cada uno de ellos la obligación de alistarse entre sus más ardorosos militantes o dirigentes.

Y es un hecho que varias asociaciones apostólicas del siglo XX se inspiran en sus ideas. Sus discípulos de la hora presente han dado realidad a lo que en germen contenía el mensaje del santo, y esta realidad tiene muchos puntos de contacto con las realizaciones del P. Chaminade en lo que se refiere a la piedad filial y al celo mariano. Y esto es verdad, particularmente si se habla de la más perfecta de las organizaciones apostólicas laicales que se prevalen de San Luis María Grignion de Montfort: la Legión de María. El fundador de la Legión, Francisco Duft, desconocía totalmente la doctrina y hasta el nombre del P. Chaminade cuando, el 7 de septiembre de 1921, reunía a los primeros legionarios de Dublín. Cuando tuvo conocimiento de ella, declaró en uno de los números de la revista «Mariae Legionis» que la Legión lo mismo podría empalmar con la doctrina marianista que con la doctrina montfortiana, y decía en particular del "Pequeño tratado de Mariología" del P. Schellhorn "que era la expre-

sión más perfecta de la doctrina legionaria que jamás había encontrado".

Parécenos, pues lícito concluir que la doctrina de San Luis Grignion de Montfort es como un presentimiento de la del P. Chaminade y que la esclavitud de amor se orienta hacia la piedad filial apostólica a imitación de Cristo.»

Vamos, pues, a recoger ampliamente el maravilloso mensaje de San Luis María, bien convencidos de que puede servir, casi por igual, al método de *esclavitud,* al de *piedad filial mariana* y al moderno movimiento apostólico de la *Legión de María.* San Luis nos va a decir cuál es la *finalidad* de la perfecta consagración a María, *en qué consiste* exactamente, cuáles son los principales *motivos* que deben impulsarnos a adoptar sin vacilar esta práctica perfectísima de devoción a María, y cuáles son, finalmente, los maravillosos *frutos* o *efectos*[8] que de ella se derivan.

3. Finalidad de la perfecta consagración a María

La finalidad de la perfecta consagración a María coincide con la finalidad misma de la vida cristiana: nuestra perfecta configuración con Jesucristo. No podía ser de otra manera, ya que María no solamente no constituye un obstáculo,

8. Una justificación teológica de la perfecta consagración a María y de su gran eficacia santificadora puede verse en el artículo del P. BANDERA, O. P., *La consagración a la Santísima Virgen y el establecimiento de su reinado,* publicado en la revista *Teología Espiritual,* n. 7 (enero-abril, 1959).

sino que, por el contrario, es el camino más corto y expeditivo para llegar a Jesús y por El al Padre. Lo ha dispuesto Dios así, y yerran profundamente los que tratan de prescindir de María para ir directamente —como dicen— a Cristo Redentor, apartándose con ello de la voluntad del mismo Dios, «pues ésta es la voluntad del que quiso que todas las cosas las tuviésemos por María».[9] Escuchemos a San Luis María:[10]

«Como quiera que toda nuestra perfección consiste en estar conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, la más perfecta de las devociones es, sin duda alguna, la que nos conforma, nos une y nos consagra lo más perfectamente posible a Jesucristo. Ahora bien, siendo María, de todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo, se sigue que, de todas las devociones, la que más conforma y consagra un alma a Jesucristo es la devoción a María, su santísima Madre, y que cuanto más consagrada esté un alma a la Santísima Virgen tanto más lo estará a Jesucristo. He aquí por qué la más perfecta consagración a Jesucristo no es otra cosa que una perfecta y entera consagración de sí mismo a la Santísima Virgen; y ésta es la devoción que yo enseño, o, con otras palabras, una perfecta renovación de los votos y promesas del santo bautismo.»

San Luis María insiste continuamente en to-

9. Cf. Pío IX, enc. *Ubi primum* (2-2-49): *Doc. mar.* n. 260. Lo mismo enseñan San Pío XI *(Doc. mar.* n. 531 y Pío XII *(Doc. mar.* n. 784); y lo habían dicho ya muchos Santos Padres, principalmente San Anselmo y San Bernardo.

10. Cf. *Ver. dev.* n. 120, pp. 505-506.

das sus obras en que la finalidad última de nuestra devoción y consagración a María ha de ser siempre la de llegar con mayor facilidad a Cristo y por El al Padre. Con ello se oponía con todas sus fuerzas al funesto error jansenista, que tantos estragos produjo, apartando de María a los fieles con el pretexto de llevarles directamente a Jesucristo, como si fuera posible ir a El por un camino más corto y recto que por María.

4. En qué consiste la perfecta consagración a María

Lo explica ampliamente San Luis María en el *Tratado*[11] y lo resume admirablemente en su pequeño pero áureo opúsculo *El secreto de María.* He aquí lo que dice en este último:[12]

«Consiste en darse por entero, como esclavo, a María y a Jesús por Ella, y, además en hacer todas las cosas por María, con María, en María y para cosas por María, con María, en María y para María».

Son dos los aspectos fundamentales de esta consagración: el *darse* por entero a María en calidad de *esclavo* (o de *hijo,* si se prefiere así) y el llevar en adelante una verdadera *vida mariana,* haciendo todas las cosas por María, con María, en María y para María. Vamos a explicar ampliamente ambas cosas siguiendo la doctrina de San Luis de Montfort.

11. Cf. *Ver dev.* n. 121 ss.
12. Cf. *El secreto de María:* Obras (ed. BAC), n. 28, p. 279.

1.° La entrega total a María:[13]

«Hay que escoger un día señalado para entregarse, consagrarse y sacrificarse; y esto ha de ser voluntariamente y por amor, sin encogimiento, por entero y sin reserva alguna: cuerpo y alma, bienes exteriores y fortuna, como casa, familia, rentas; bienes interiores del alma, a saber: sus méritos, gracias, virtudes y satisfacciones.[14]

Es preciso notar aquí que con esta devoción se inmola el alma a Jesús por María, con un sacrificio, que ni en orden religiosa alguna se exige, de todo cuanto el alma más aprecia y del derecho que cada cual tiene para disponer a su arbitrio del valor de todas sus oraciones y satisfacciones; de suerte que todo se deja a disposición de la Virgen Santísima, que, a voluntad suya, lo aplicará para la mayor gloria de Dios, que sólo ella perfectamente conoce.

María viene a ser señora del valor de nuestras obras. A disposición suya se deja todo el valor *satisfactorio* e *impetratorio* de las buenas obras. Así que, después de la oblación que de ellas se ha hecho, aunque sin voto alguno, de nada de

13. *El secreto de María,* n. 29-34, pp. 279-81.

14. Se ve por estas explicaciones a cuánto se extiende esta consagración, que llamó el Santo renovación perfecta de las promesas del bautismo. Renovamos, efectivamente, por medio de María, nuestra donación a Cristo nuestro Señor. Notemos que, abandonando a la Virgen Santísima el valor de nuestras buenas obras, damos a esta consagración, salvo el voto y sus consecuencias, la importancia y el mérito del *acto heroico* (P. LHOUMEAU).

cuanto bueno hace es ya uno dueño; la Virgen Santísima puede aplicarlo, ya a un alma del purgatorio, para aliviarla o libertarla, ya a un pobre pecador para convertirle.

También nuestros *méritos* los ponemos con esta devoción en manos de la Virgen Santísima; pero es para que nos los guarde, aumente y embellezca, puesto que ni los méritos de la gracia santificante ni los de la gloria podemos unos a otros comunicarlos. Dámosle, sin embargo, todas nuestras oraciones y obras buenas, en cuanto son *satisfactorias* e *impetratorias,* para que las distribuya y aplique a quien le plazca. Y si, después de estar así consagrados a la Santísima Virgen, deseamos aliviar a alguna alma del purgatorio, salvar a algún pecador, sostener a alguno de nuestros amigos con nuestras oraciones, mortificaciones, limosnas, sacrificios, preciso es pedírselo humildemente a Ella y estar a lo que determine, aunque no lo conozcamos, bien persuadidos de que el valor de nuestras acciones, administrado por las manos mismas de que Dios se sirve para distribuirnos sus gracias y dones, no podrá menos de aplicarse a la mayor gloria suya.

Tres suertes de esclavitud: la esclavitud de amor es la más perfecta consagración a Dios. He dicho que consistía esta devoción en entregarse a María en calidad de esclavo, y es de notar que hay tres clases de esclavitud. La primera es esclavitud de *naturaleza:* buenos y malos son de esta manera siervos de Dios. La segunda es esclavitud *forzada:* los demonios y los condenados son de este modo esclavos de Dios. La tercera es escla-

vitud de *amor* y voluntaria, y con ésta debemos consagrarnos a Dios por medio de María del modo más perfecto con que puede una criatura consagrarse a su Creador.

Diferencia entre criado y esclavo. Notad, además, que de criado a esclavo hay mucha diferencia. El criado pide paga por sus servicios; el esclavo, no. El criado está siempre libre para dejar a su señor cuando quiera, y no le sirve sino a plazos; el esclavo no puede dejarle sin faltar a la justicia, pues se le ha entregado para siempre. El criado no da a su señor derecho de vida y muerte sobre su persona; el esclavo se le entrega por completo, de suerte que su señor pudiera hacerle morir sin que la justicia le inquietara. Pero fácilmente se echa de ver que el esclavo forzado vive en sujeción más estrecha, tal que *no puede propiamente convenir a un hombre sino con respecto a su Creador.* Por eso, entre los cristianos no hay tales esclavos; sólo entre los idólatras los hay así.

Dicha de las almas esclavas de amor. «¡Feliz y mil veces feliz el alma generosa que, esclava del amor, se consagra enteramente a Jesús por María; después de haber sacudido en el bautismo la esclavitud del demonio!»

Por esta admirable descripción que acaba de hacer San Luis de la perfecta consagración a María, comprenderá fácilmente el lector que no se trata de una devoción más entre tantas como se pueden practicar en honor de la Virgen: es la más importante y trascendental de todas ellas. No se trata de recitar un «acto de consagración» como

se recita una fórmula cualquiera de piedad, sin más complicaciones. *Se trata de dar a toda nuestra vida cristiana un giro y matiz eminentemente mariano, con el fin de vivirla con mayor perfección e intensidad.* Es una especie de «profesión mariana» (a semejanza de la profesión en una orden religiosa), que deja grabada su impronta en el alma para toda la vida. En adelante, el alma que de esta forma se ha entregado a María no puede disponer de nada suyo *sin permiso de María,* puesto que todo se lo ha entregado a ella. Claro está que esta licencia ha de ser presunta e interpretativa, ya que no podemos pretender que María se nos aparezca visiblemente para darnos su licencia expresa o formal. El alma puede, por ejemplo, pedir a Dios o a los santos alguna gracia concreta y determinada, aplicar sufragios por una determinada alma, etc., pero siempre en el supuesto de que todo esto sea grato a María, a quien se ha constituido voluntariamente dueña y señora de todo lo nuestro. Este acto de entrega tiene, por lo mismo, enorme trascendencia para toda la vida, y no habría comprendido su verdadero significado y alcance quien lo hiciera ligeramente, como el que reza una oración cualquiera. Es un acto heroico, sublime, de amor a María, y quien lo hace con toda su alma y con todas sus consecuencias queda como *sellado, marcado,* por decirlo así, para toda su vida con un sello mariano especialísimo, de manera semejante al que hace su profesión en una orden religiosa, aunque —como es evidente— sin que imprima *carácter* en el alma, como lo imprimen algunos sacramentos.

Hay que advertir, sin embargo, que esta perfecta consagración no requiere necesariamente que se haga en forma de *voto*. Podría hacerse con voto, si se quiere hacerla así, y ello aumentaría todavía más su ya enorme valor meritorio. Pero de ordinario no es preciso hacerla con voto: basta una seria voluntad y determinación de permanecer fiel a ella, con ayuda de la gracia de Dios obtenida por María, hasta el último suspiro y aún más allá de esta vida.

2.° La verdadera vida mariana

El *acto* de consagración o entrega total y absoluta a María constituye —como hemos dicho— el primer aspecto de esta admirable consagración. De suyo, dicho *acto* se hace de una vez para siempre, aunque es muy conveniente renovarlo con frecuencia, incluso diariamente, para grabarlo cada vez más profundamente en el alma. Pero más importante todavía que ese acto es la *vida mariana* que debe llevar el que se entregó de esa manera total a María. Esta vida mariana consiste en hacer todas las cosas *con María, en María, por María y para María.*

San Luis María explica en el *Tratado* estos cuatro aspectos que constituyen la vida mariana.[15] Ante la imposibilidad de recoger aquí su admirable exposición —que hay que leer y meditar profundamente—, nos limitamos al siguiente brevísimo resumen que el mismo San Luis hace en su

15. *Cf. Ver. dev.*, n. 257-65, pp. 578-84.

preciosa obrita *El secreto de María.* He aquí sus propias palabras:[16]

«He dicho, además, que esta devoción consiste en hacer todas las cosas *con María, en María, por María y para María.* No basta entregarse por esclavo a María una vez sola, ni aun es bastante hacerlo todos los meses o todas las semanas. Devoción harto pasajera sería ésta, que no llevaría al alma a la perfección a que, si bien se practica, la puede levantar. No es muy difícil alistarse en una cofradía ni aun abrazar esta devoción y rezar diariamente algunas oraciones prescritas; lo difícil es entrar en el espíritu de ella, *que es hacer que el alma en su interior depende y sea esclava de la Santísima Virgen y de Jesús por ella.* Muchas personas he hallado que con admirable entusiasmo se han sometido a tan santas esclavitudes *exteriormente;* pero muy pocas que hayan cogido el espíritu de esta devoción, y menos todavía que hayan perseverado en él.

a) **Obrar con María**

La práctica esencial de esta devoción consiste en hacer todas las acciones *con María;* es decir, tomar a la Virgen Santísima *por modelo acabado* en todo lo que se ha de hacer.

Por eso, antes de hacer cualquier cosa hay que despojarse de sí mismo y de sus mejores modos de ver; hay que anonadarse delante de Dios, como

16. Cf. *El secreto de María,* n. 43-49, pp. 284-87.

quien de su cosecha es incapaz de todo bien sobrenatural y de toda acción útil para la vida eterna. Hay que recurrir a la Virgen Santísima y *unirse a sus intenciones,* aunque no se conozcan. Hay que unirse por María *a las intenciones de Jesucristo,* es decir, ponerse en manos de la Virgen Santísima *como instrumento suyo* para que ella obre en nosotros y haga de nosotros lo que bien le parezca para gloria de su Hijo Jesucristo y para gloria del Padre; de suerte que no haya vida interior ni operación del espíritu que de ella no dependan.

b) **Obrar en María**

Hay que hacer todas las cosas *en María;* es decir, que hay que irse acostumbrando a recogerse dentro de sí mismo para formar un pequeño esbozo o retrato espiritual de la Santísima Virgen. Ella será para el alma *oratorio* en que dirija a Dios sus plegarias sin temor de ser desechadas; *torre de David,* para ponerse en refugio contra los enemigos; *lámpara encendida,* para alumbrar las entrañas del alma y abrasarla en amor divino; *cámara sagrada,* para ver a Dios en ella y con ella. María, en fin; será únicamente para esta alma su recurso universal y su todo. Si ruega, será en María; si recibe a Jesús en la sagrada comunión, le meterá en María para que allí tenga El sus complacencias. Si algo hace, será en María; y en todas partes y en todo hará actos de desasimiento de sí misma.

c) **Obrar por María**

Jamás hay que acudir a nuestro Señor sino por medio de María, por su intención y su crédito para con El, de suerte que nunca le hallemos solo cuando vayamos a pedirle.

d) **Obrar para María**

Finalmente, hay que hacer todas las acciones *para María;* es decir, que, como esclavos que somos de esta augusta Princesa, no trabajemos más que para ella, para su provecho y gloria como *fin próximo* y para gloria de Dios como *fin último y supremo.* Debe esta alma en todo lo que hace renunciar al amor propio, que casi siempre, aun sin darse cuenta, se toma a sí mismo por fin, y repetir muchas veces en el fondo del corazón: «Por Vos, mi amada Señora, hago esto o aquello, voy acá o allá, sufro tal pena o tal injuria».

Después de esta admirable descripción hecha por el propio San Luis, no puede quedarle a nadie la menor duda sobre el verdadero sentido y alcance de la perfecta consagración a María en calidad de *esclavo*, como Reina, o en calidad de *hijo,* como Madre. Es todo un método de santificación, un sistema especial de *vivir la vida cristiana con un sentido profundamente mariano hasta nuestra perfecta configuración con Jesucristo.* El santo insiste repetidas veces en que este camino es el más *fácil,* el más *corto,* el más *perfec-*

to y el más *seguro* para llegar a la cumbre de la perfección cristiana, que consiste esencialmente en nuestra perfecta transformación en Jesucristo, o sea en convertirse en *otro Cristo* que vaya por el mundo «haciendo bien» (cf. Act. 10, 38) y continuando su obra redentora para gloria del Padre y salvación de las almas.

Expuesta ya la naturaleza de la perfecta consagración a María en calidad de esclavo o de hijo, veamos ahora cuáles son los principales *motivos* que deben impulsarnos a abrazar sin vacilar esta práctica perfectísima de devoción a María, que tan poderosamente puede influir en nuestra propia santificación. San Luis María los expone largamente con su piedad y unción acostumbradas; pero, ante la imposibilidad de recoger por entero su admirable doctrina, ofrecemos a continuación un breve resumen de la misma —recogiendo sus principales párrafos—, que no dispensa de la lectura directa del texto íntegro del santo.

5. Motivos par consagrarse plenamente a María

Según el propio San Luis, los principales son los siguientes:[17]

1.° Porque nos consagra por entero al servicio de Dios

Esta consagración —en efecto— «nos hace, sin reserva, dar a Jesús y a María todos nuestros pen-

17. Cf. *Ver. dev.*, n. 134-82, pp. 513-41; *El secreto de María*, n. 35-42, pp. 281-84.

samientos, palabras, acciones y sufrimientos y todos los momentos de nuestra vida. De modo que ya velemos, ya durmamos; ora bebamos, ora comamos; bien realicemos las más grandes acciones, bien hagamos las más pequeñas, siempre podremos decir con verdad que lo que hacemos, aun cuando no pensemos en ello, es siempre de Jesús y de María en virtud de nuestro ofrecimiento, a menos que lo hayamos expresamente retractado. ¡Qué consuelo!»

2.° Porque con ella imitamos el ejemplo de Jesucristo, de toda la Santísima Trinidad y practicamos en grado excelente la virtud de la humildad

a) El ejemplo de Jesucristo, que no desdeñó encerrarse nueve meses en el seno purísimo de María «como un cautivo y esclavo de amor, y de estarle sometido y obediente durante treinta años» en la casita de Nazaret (cf. Lc. 2, 51).

b) El ejemplo de toda la Santísima Trinidad. El Padre no nos dio a su Hijo sino por ella, y no nos comunica sus gracias sino por medio de ella. El Hijo no vino a nosotros sino a través de ella, y no forma a los miembros de su Cuerpo místico más que por ella. El Espíritu Santo no dispensa sus dones y favores si no es por ella.

c) Nos hace practicar en grado excelente la virtud de la humildad, pues considerándonos indignos de comparecer delante de Dios —como el publicano del Evangelio (cf. Lc. 18, 13)—, no nos atrevemos a presentarnos ante El, a pesar de ser